

Los desafíos de la formación psicoanalítica¹

Adrián Liberman²

Resumen

Como consecuencia de preguntas derivadas del propio ejercicio de la función didáctica, el autor pasa revista a algunos aspectos críticos que entrañan el formar psicoanalistas siguiendo los modelos establecidos hasta ahora. ¿Es la formación un discipulado?, ¿es una habilitación profesional?, ¿es la enseñanza de una teoría (doxa) y una praxis? ¿Qué es un aspirante a ser analista y qué transformaciones propone hacerse analista? ¿Cuáles pueden ser los márgenes que los modelos formativos trazan en los aspirantes? ¿Que modificaciones habrá que implementar de cara a los cambios sociales y a los signos de crisis del psicoanálisis? Estos aspectos se abordan para estimular la reflexión futura al respecto.

Lo que sigue es una nueva oportunidad de profundizar en el rastrellado de problemas que me han inquietado desde mi etapa como analista en formación. Cuestiones que han permanecido en el foco de mi atención, en la medida que mi deriva personal me ha llevado a haber aspirado y ejercido la función didáctica, así como la docencia y supervisión de otros analistas. Ser analista didacta es manifestación de un deseo deliberado de incidir en las maneras en que otros se autorizan para el ejercicio analítico. En términos personales, esto comprende necesariamente la inclusión de

¹ Trabajo presentado en la Jornada interna del Instituto de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas en 2019.

² Miembro Titular con función didáctica de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, de la Federación Psicoanalítica de América Latina (FEPAL) y de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA).

cuestionamientos acerca de los modelos, los patrones de formación. En ellos, tanto de manera individual como institucional facilitamos o no, a que quienes son su objeto, se autoricen suficientemente para ocupar el lugar de analistas.

De esta manera, me propongo pasar una revista incompleta de algunas de las cuestiones que se abren como encrucijadas, como enigmas en el proceso de transmitir el gesto subversivo iniciado por Freud en aquellos que desean colocarse en su estela.

1. Tal como lo he asomado en otros momentos, sigue pendiente entender qué es la formación analítica específicamente. ¿Es un discipulado? (Tamayo, 2014, López Garza, 2011), ¿es una habilitación profesional?, ¿es un proceso de reconocimiento gremial?, ¿es el proceso que da marco al deseo de analizarse para devenir analista?

Cualquiera que sea la respuesta, o la combinación de ellas, continúa pendiente la pregunta acerca de si los modos son consistentes con los fines. Cada opción tienen sus luces y oscuridades. El desafío pendiente entonces es definir lo que un analista es (o no es) y diseñar una formación en consecuencia.

Uno de los objetivos “macro” del proceso formativo es admitir a alguien que intuye la existencia del inconsciente en una persona convencida de su presencia, como hipótesis de causación, así como de motor de la psique. La formación analítica es una labor de mostración, así como una de identificación. Busca transformar, pero también soldar al cursante a las señas imaginarias de reconocimiento con otros practicantes del inconsciente. ¿No es esto una contradicción a ser resuelta? ¿Cuál es el producto final de la formación?: ¿la de honrados técnicos de la cura?, ¿la de un emblema de pertenencia profesional obtenido ante demostraciones de suficiencia entre la doxa y la praxis? ¿La formación alude a un proceso de metamorfosis, de cambio gatillado por experiencias de diverso orden, no asimilables entre sí (análisis, seminarios, controles) y por ende de importancias disímiles?

2. Si la emergencia de un analista consiste en darle paso al deseo de saber de sí mismo a través de la experiencia analítica. ¿Puede este deseo “normarse”, hacerlo obligatorio, constreñirlo a un subgrupo de miembros “habilitados” para ello? (Liberman, 2017). Cuando el deseo se hace obligación, se garantiza su desaparición.

Si el análisis del analista está normado desde el arranque en frecuencia y número de horas, ¿no establece esto una distorsión en la transferencia y en lo particular de cada experiencia analítica?

La experiencia analítica tiene una lógica de apuesta, de incertidumbre en la manifestación de sus efectos para la cual el tiempo o la frecuencia como convención no funciona. La modificación de las posiciones subjetivas sigue el tiempo del Inconsciente, el cual, paradójicamente es atemporal, pulsátil y evanescente.

3. Si el arco recorrido de candidato a analista tiene que ver con la convicción de la existencia del inconsciente, como lugar, como hipótesis, ¿puede ello lograrse normando la transferencia a unos pocos (o muchos) analistas, previamente reconocidos (didactas)? ¿No es el estamento de la función didáctica un arnés no asumido como tal?
4. Parte del recorrido anterior tiene que ver con poder reconocer que la doxa y la praxis analítica son objetos sujetos a la castración (incompletos, parciales). Que existe lo no pensado y lo no entendido por el saber actual. ¿Cómo promover esto, cuando enfatizamos tanto en la lógica de la duplicación (repetir lo pensado, reiterar las “maneras de interpretar”)?
Si hacerse analista es hacer como lo hacen los “maestros”, se trata entonces de una emulación tal como la practican los técnicos de otras áreas del saber, y en nuestro caso es la “ecolalia” travestida de destreza.
5. ¿Cómo adviene un analista, a través de una destitución subjetiva de sí, junto a un programa de seminarios tan lleno de saberes que instituir? ¿Tenemos las formas en que asimilar no sea predigerir y sí espacio para la crítica, puesta en tensión de lo pensado antes y por otros?
6. Cuanto más seriados, esquematizados, se ofrecen los temas, más universitaria es la formación, más propensa a producir discípulos. Cuanto más llena está de grados y ritos de paso, más se impregna de habilitaciones y reconocimientos gremiales. ¿No va esto en sentido contrario a la producción del pensamiento crítico e independiente?
7. Una buena parte de la formación clínica pivota alrededor de la conducción de curas de alta frecuencia. Éstas tienden a ser rarezas, encuadres en retirada. ¿No será más útil implementar formas de darle entrada a la diversidad clínica y de encuadres en los que la práctica analítica discurre diariamente?, ¿no será más realista ayudar al analista en formación a hacerse ducho en la conducción de curas donde la alta frecuencia puede ser consecuencia y no condición para que el dispositivo analítico se instale?

El trabajo analítico consiste en la escucha en transferencia del inconsciente dentro de un encuadre metodológicamente razonado. Ello

puede ser tan variado como la clínica y las formaciones del inconsciente. ¿Nos animamos a ello?

8. La supervivencia del psicoanálisis depende, entre otras cosas, de saberse colocar en la intersección fecunda con otros saberes. Este es todo un filón que no puedo exponer en detalle. Pero preguntas que pasan sobre la arqueología como “modelo” de la cura, y del practicante como “explorador” del inconsciente reclaman un debate futuro. También el de la formación como herramienta para ayudar a mantener, sino incrementar el lugar y valor del psicoanálisis en la cultura, quedan para otro momento. Revalidarse como ciencia implica la disposición a permitirnos ser hablados por otros discursos. Aquí cabe también preguntarnos por el lugar que damos o no a psicoanalistas de otros institutos y otras maneras de practicar la cura que se reclama a sí misma como psicoanalítica. ¿Nos atrevemos a estimular a nuestros jóvenes colegas a ello?
9. La acción analítica desborda hoy el marco del consultorio. Las comunidades, la atención de refugiados, la presencia de patologías de borde obligan a trascender las paredes. ¿Proveemos de lugar y herramientas para ello?
10. Por último, la institución psicoanalítica, en su necesidad de mantener señas de reconocimiento, muchas veces deviene en escolásticas que generan sus propios síntomas de violencia en función de decir qué es psicoanálisis y qué no es. ¿Podremos desprendernos de las jerarquías y emblemas del poder para estimular a cada quién a imprecisar lo que se cree saber sin excomuniones de ningún tipo?

Referencias bibliográficas

- LIBERMAN, A. (2017). Deconstruir el análisis didáctico. *Revista de la Asociación Colombiana de Psicoanálisis*, 30(1), 131-140.
- LÓPEZ GARZA, L. (2011). *La crisis actual del Psicoanálisis*. México: Fondo de Cultura económica (FCE).
- TAMAYO, L. (2014). El discipulado en la formación del analista. *Un aporte del Psicoanálisis a la pedagogía*. www.academia.edu